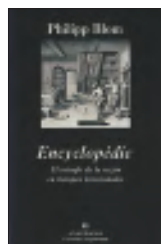


ENCYCLOPÉDIE. EL TRIUNFO DE LA RAZÓN EN TIEMPOS IRRACIONALES

PHILIPP BLOM

Anagrama. Barcelona, 2008. 464 págs.
ISBN 978-84-339-6254-6

Lo que empezó en 1750 como la traducción de un diccionario inglés por un grupo de jóvenes intelectuales franceses se acabó convirtiendo en una obra monumental que constaba de 27 volúmenes y contenía 72.000 artículos, que fue conocida como la gran *Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert.



Junto con los editores Denis Diderot, Jean d'Alembert y Louis de Jaucourt, tomaron parte en el proyecto mentes privilegiadas como Voltaire y Rousseau. Fue un grupo marcado por amistades íntimas y rupturas espectaculares. El historiador y novelista Philipp Blom recrea con sentido del humor y buen ritmo narrativo la vida de los protagonistas en un marco histórico vivo.

EL VUELO DE ÍCARO

RAYMOND QUENEAU

Marbot. Barcelona, 2008. 304 págs.
ISBN 978-84-935744-0-6



Este inclasificable libro del matemático y escritor francés Raymond Queneau (1903-1976) es una historia sugerente y divertida en la que el autor se sirve de las travesuras de su personaje Ícaro, que huye del manuscrito en el que vivía en busca de nuevas aventuras, para explorar las ambigüedades del lenguaje, exhibir sus trampas y explotar sus posibilidades poéticas. Y lo hace lúdicamente, es decir, desplegando el singular sentido del humor que caracteriza su obra y la convierte en algo así como un correlato literario de los hermanos Marx. Tan disparatado y lúcido como ellos, Queneau tiene además la virtud de haber producido una obra de ficción que alberga tantos niveles de lectura como lectores.

LA FELIZ DESESPERANZA

ANDRÉ COMTE-SPONVILLE

Paidós. Barcelona, 2008. 112 págs.
ISBN 978-84-493-2100-9

Este libro recoge una entrevista en profundidad realizada al filósofo francés por Edmond Blatthen para la televisión belga hace unos años en la que desarrolla su idea de «desesperanza». Para Comte-Sponville, la vida no se corresponde con nuestras esperanzas, pero no hay otra cosa y no es la



vida la que se equivoca sino nuestras esperanzas las que están equivocadas. Por eso, dice, «se trata de preferir la vida tal cual es, con su dificultad, a veces con su partida de horrores, pero también con sus placeres, con sus alegrías, con sus amores, se trata de aceptar y de mar la vida tal cual es en lugar de esperar otra». Y proclama: «Dejemos de imaginar la vida, dejemos de esperar vivir... y ¡vivamos!»

CONTRASEÑAS GABRIEL RODRÍGUEZ

Me acuerdo

Hagamos memoria. Quién más quién menos, todos recordamos muchos momentos de nuestras vidas. Hay recuerdos que son casi obligados, como la primera comunión, la boda o el nacimiento de un hijo. Hay recuerdos agradables y recuerdos tristes. Pero hay otros recuerdos que a veces se nos escapan o que se nos vienen a las mientes sin que sepamos en un principio por qué. Se dice que la memoria es selectiva, pero ¿podría ser de otra forma? La memoria no puede consistir en revivir los hechos del pasado, «tal cual ocurrieron», porque son irrepetibles. Necesitaríamos media vida para recordar la otra media, y aun así no sería igual, porque ya no seríamos los mismos. Heráclito lo dijo con claridad: «En el mismo río entramos y no entramos, pues somos y no somos [los mismos]». Por cierto, citado a menudo erróneamente como «no se puede entrar dos veces en el mismo río».

En el relato *Pierre Menard, autor del Quijote*, Jorge Luis Borges nos narra la historia de un oscuro escritor que tenía escritos unos capítulos del Quijote. Los capítulos eran iguales, en cada palabra y en cada coma, a los escritos originalmente por Cervantes. Sin embargo, no eran una copia. Incluso el crítico que los examinó consideraba muy superior la versión de Menard a la del autor español, «a pesar de los obstáculos, el fragmentario Quijote de Menard es más sutil e infinitamente más rico que el de Cervantes». Pero ésta es una de esas paradojas muy del gusto del escritor argentino.

También podemos utilizar técnicas mnemotécnicas, pero a condición

de que se trate de series o listas de datos. Por ejemplo, para recordar la ecuación general de los gases se suele usar la frase «pájaros volando es igual a número de ratones trotando». Pero estas técnicas no valen para aquellos recuerdos que no son susceptibles de ser aprendidos como una serie. Woody Allen se burla de ellos en su película *Scoop*, «Que quiero recordar este cenicero: pienso en 50 ceniceros bailando el hula-hula en una isla desierta o algo así, ¡y luego me acuerdo!» Otra vía para activar la memoria es el inconsciente. En la película *Amarcord* («me acuerdo» en dialecto romañol), Fellini recrea las vivencias de su infancia introduciendo elementos fantásticos del mundo de los sueños y del deseo. El surrealismo fue una corriente artística y literaria muy influida por Freud, cuyo objetivo principal fue la liberación del inconsciente. Sin embargo, en este caso, el recuerdo poco tiene que ver con un testimonio fidedigno del pasado. Está más cerca del *Rosebud* de Ciudadano Kane. O del «asa nisi masa», las palabras que recuerda el director Guido Anselmo (Marcelo Mastroianni) en *Fellini ocho y medio*, y que le devuelven a la infancia cuando era mimado por su madre y su abuela.

De ahí el poder de sugestión y evocación que pueden tener la poesía o la música. Para Antonio Machado, su infancia eran «recuerdos de un patio de Sevilla, y un huerto claro donde madura el limonero». No se puede decir más con menos. O como esa sutil evocación del relato de James Joyce, *Los muertos*, en el que, tras escuchar una canción, una mujer evoca el rostro de su amante, muerto hace muchos años. Decididamente, la evocación pertenece a los dominios del arte.